

SOBRE OBRAS DE MAMPOSTERÍA DE NELSON ROMERO

Leonardo Monroy Zuluaga

En un libro que ha sido titulado *Arte poética*, Jorge Luis Borges reflexiona sobre todo lo que significa no sólo la escritura de la poesía sino también su lectura. Los textos – seis conferencias dictadas originalmente en inglés – profundizan en temas como el enigma de la poesía, el poder y la constitución de la metáfora y la relación poesía y narración. He querido comenzar este documento con la referencia a esas conferencias de Borges, en tanto considero que el libro *Obras de Mampostería* del escritor tolimense Nelson Romero, premio Nacional de Poesía Ciudad de Bogotá en 2007, se puede leer a la luz de otro tema que aborda el escritor argentino: el de la relación entre la poesía y el significado.

Borges parece intuir los contratiempos de un lector común frente al hermetismo de algunos poemas, entre ellos, la imposibilidad de aprehender un significado claro, y consecuentemente, una sensación de estar desconectado de la impenetrable fronda de sentidos que recorren cada verso. Es normal escuchar en muchos lectores, la queja de que su distanciamiento frente a la poesía obedece a que no pueden comprenderla en su totalidad, como se acostumbra hacer con una conversación cotidiana o incluso con otro tipo de libros. Al respecto, he encontrado una afirmación de Borges que dice lo siguiente: “Hay versos que, evidentemente, son hermosos y no tienen sentido. Pero, incluso así, tienen sentido: no para la razón, sino para la imaginación” (Borges, 2001, 105) Frente a lo oscurecido para el pensamiento racional, existe una fuerza que mantenemos apagada, sea porque las exigencias de la vida práctica así nos lo exigen, o porque simplemente la asociamos con banas sensiblerías o con cosas de niños: la imaginación.

Si asumimos la lectura de la poesía desde lo planteado por Borges, un escritor que exprese con pericia versos en apariencia inentendibles, está realizando en verdad un llamado a nuestra capacidad de establecer nuevos sentidos a partir de una lectura despojada de los cuadrículados límites de la lógica. Esa es la apuesta del más reciente libro de Nelson Romero, desde cuyo título parece

de antemano hacerse un guiño a nuestra imaginación, en tanto en una lectura plana, se entendería como un libro de arquitectura o de construcción. Pero ¿qué hay detrás de las piedras? El libro consta de tres partes, cada una con su respectivo epígrafe; asimismo, el poemario en su totalidad lo domina otro epígrafe – dos versos tomados de Jaime Sáenz – que dice lo siguiente: “Las impenetrables obras de mampostería son/ obras olvidadas”.

En el Diccionario de la Real Academia de la Lengua se afirma sobre el mampuesto – material con el que se hace la mampostería – que es una “piedra sin labrar que se puede colocar en obra con la mano” Con los primeros versos de este libro de Nelson Romero, aun podemos suponer que la metáfora no existe y que el poeta nos desea hablar de constructores de la piedra y la argamasa. Pero la última estrofa del primer poema, nos alerta sobre la posibilidad de ir más allá de los devaneos de la arquitectura: “Acá la piedra alza sus mamposterías/ para que en sus cuartos/ veamos la historia que atraviesa los pasillos/ con su vela encendida dentro de una calavera”.

Sin caer en lecturas aberrantes – aunque en ocasiones es preciso que el lector se de ese gusto, que indague y tropiece con los sentidos –, pero acudiendo a la imaginación, podríamos preguntarnos ¿No son las obras de mampostería una alusión a los poemas y a las palabras de

En el Diccionario de la Real Academia de la Lengua se afirma sobre el mampuesto – material con el que se hace la mampostería – que es una “piedra sin labrar que se puede colocar en obra con la mano”

las cuales ellos están hechos? Y si es así ¿no hay acaso en estos versos iniciales un llamado a recorrer la historia – de la escritura, del mundo – a partir de la palabra poética? Cómo no recordar, desde estos primeros destellos de sentido que llegan de la imaginación, las palabras de Aristóteles – tan citadas por demás – al reflexionar sobre la relación historia y poesía, en el sentido de que la primera dice las cosas tal

como sucedieron mientras la segunda lo hace tal como podrían llegar a suceder, y por lo mismo, la poesía “es más filosófica y de mayor dignidad que la historia” (Aristóteles, 10).

Si este es uno de los caminos que recorre el libro de Nelson Romero, un primer eje de sentido de *Obras de Mamposte-*

OSTERÍA



La personificación del lenguaje como ser que sufre las mismas etapas del ser humano – entre ellas la muerte – es la estrategia utilizada para llamar la atención sobre el trabajo de reconstrucción de la realidad que realizaron los seres de la prehistoria. Su destino fue el de mear los elementos de los que disponían – unas sílabas inconexas que constituían el lenguaje inerte de comienzos de la creación – para darle vida a su entorno. La imagen es válida no sólo como formulación del trabajo de nuestros antepasados, sino que su sentido se desdobra hasta significar la propia labor del poeta en todos los tiempos ¿No es esa acaso la de recoger lenguajes muertos – los que quedan desperdigados en el uso cotidiano – y reconstruirlos para dar una nueva perspectiva del mundo?

La imagen del poeta como constructor de nuevos universos, pegados con una mezcla de palabras, lo destina a ser no solo un personaje privilegiado en su relación con el lenguaje, sino un descubridor de facetas inexploradas del ser humano (Kundera, 1987, 22) para retomar la afirmación realizada por Kundera sobre la novela. En el primero de los casos, y para no seguir en el cementerio de los lenguajes muertos, el poeta debe huir del lugar común, buscando imágenes novedosas, desde el trabajo profundo con la palabra. Es este el compromiso de Nelson Romero en versos como “si quieres que te abran/ golpea en el aire, /mira la flor a la entrada, tócala, /huele sus pétalos dormidos” en el que las metáforas exigen un esfuerzo de la imaginación; o este otro: “la igualdad huele a vino” en el que, desde la sencillez de las palabras y la sinestesia, se construye el mundo de la utopía. El intento por encontrar ese lenguaje que no se resigne a morir bajo el influjo de las influencias persigue en Obras de Mampostería, no sólo la conformación de un universo donde el lenguaje y sus posibilidades sean los protagonistas sino la revisión de una historia de las tensiones del ser humano, en especial de aquel que puso a girar la rueda de la Historia.

Para el segundo caso, y continuando con las reflexiones hechas unas líneas atrás, se puede derivar en el segundo conflicto crucial que recorre nuestro devenir y que también es tratado en el poemario de Nelson Romero: el de la guerra. En el siglo XX son varias las expresiones poéticas que, tanto en Europa como en Hispanoamérica, se han referido al tema: Nietzsche, George Trakl, César Vallejo

y Jorge Guillén se cuentan entre quienes, frente a las dos guerras mundiales o a la guerra civil española, han desarrollado su poética tratando de encontrar las oscuras determinaciones, no sólo de la historia del ser humano, sino de la mano que la dirige. Ante la desesperanza del siglo pasado – que tuvo uno de sus puntos álgidos en el holocausto judío – “se hizo famosa una frase de Theodor W. Adorno, esto es, que después de Auschwitz ya no era posible escribir poesía” (Gutiérrez, 1998, 127)

La guerra acompaña con terquedad la historia de los hombres y pese a los intentos de negarla, continúa cerca como una hermana indeseada. En los versos de Obras de Mampostería se descubre su presencia desde el inicio de los tiempos: “La guerra más bien se da ese lujo/ de engañar a los mamposteros, / ella

muchacha
en flor/
mira por
las ventanas
que ellos
construyeron/
el intercambio
de hombres por
caballos”. Pese a que
“los mamposteros
han querido hacerla
invisible”, ella, la guerra,
presencia cómo desde el
principio de los tiempos,
los seres humanos le han
dado el alimento suficiente
para mantenerla viva, y casi
burlona, observa nuestra incapacidad
de resolver pacíficamente los
conflictos.

El poeta se ha empeñado en denunciarla, tratando de hacerla invisible, pero ella determina esos primeros momentos de la prehistoria. En la segunda parte de la obra de Nelson Romero se percibe el intento por reconstruir el caos de la convivencia entre dioses y seres humanos, la relación de estos últimos con la naturaleza, y las fijaciones por determinar, en medio de las incertidumbres de un mundo naciente, qué es lo real y qué lo irreal. Por momentos, la guerra, que acompaña las acciones de los hombres, se articula a toda una vida de rituales e imágenes de los primeros tiempos, en los que convive el “país envenenado” con los misterios de la creación y los arcanos de la naturaleza.

Es en esta segunda parte en la que, acaso por la similitud de los mundos construidos, la expresión poética de Nelson Romero se acerca a la de William Ospina: cómo no asociar versos como “la anguila nada en su oficio/ caligrafía del agua quieta” con los del poema Invocación sobre el Río Negro del autor de Ursúa: “hijo del árbol, se más dócil que nunca:/ vuela como la flecha, dile tu prisa / a la lenta serpiente que nos lleva en su lomo”; o “el viento mueve su cortante hoja de parra / país de piedra y de viento” con los poemas de El país del viento, título que Ospina retoma en uno de sus libros como homenaje a Aurelio Arturo. Lejos de la imitación, existe el deseo de reconfigurar esos antepasados países del viento y de la piedra, de los cuales los mamposteros (los poetas) son testigos inconformes.

La guerra degenera en el caos y la destrucción total y los sueños de un renacimiento comienzan a hacerse visibles en la tercera parte del poemario. Toda ella está construida en versos en prosa que revelan en sus primeras líneas la imposibilidad de un nuevo comienzo, por lo menos en el que se materialice la construcción de una sociedad utópica. La voz del poeta lo expresa con base en una visión que “dice que viene de Malaparte, la que fue destruida, a fundar de nuevo aquí Malaparte” El mundo del caos y las guerras han quedado atrás, pero retorna pronto; el “paraíso amargo” – un oxímoron que podría dar fe de la historia del mundo - del que los mamposteros han sido testigos, cobrará vida en este mundo (¿nuevo?). ¿Un recurso al eterno retorno de Nietzsche? ¿Una premonición de que las lanzas con que los hombres destruyen las verdades que ellos mismos han creado, volverán a surcar los aires? ¿Un universo que seguirá reinventándose en sus lenguajes, en sus palabras pegadas con argamasa?

En este nuevo viejo mundo es difícil ya creer en Dios. El final del libro de Nelson Romero retorna a la pregunta por el ser en tiempos de la secularización, pregunta que en poetas como Nietzsche, César Vallejo o el mismo José Emilio Pacheco – para sólo citar unos casos – se ha vuelto fundamental. Es la pregunta que ha hecho la Modernidad y que más allá del dramatismo con el que se pueda afrontar, se constituye en un reto para la existencia y para la poesía misma. Con este interrogante – y acudiendo a la lucidez de la metáfora – se cierra el libro de Romero: “Pero Dios no se puede ver en una gota de rocío, pues enloquece

al ver su rostro enorme y antiguo de cuando moraba en la tierra”. Hemos recalado en el tercer gran conflicto de Obras de Mampostería: ¿cómo recomenzar un mundo sin Dios, entregado a la anomia que produce en últimas desesperanza?

Nuevas obras de mampostería volverán sobre la historia de las pulsiones de los seres humanos, no ya en el mundo de los antepasados, sino en el presente: para hacerlo tendrán acaso que huir del lugar común, trabajar la metáfora, el oxímoron, la sinestesia y la personificación con la responsabilidad que lo ha hecho el texto de Nelson Romero. Por lo pronto, el fresco contundente de nuestros primeros pasos – tan similares a los más recientes- le da actualidad a las Obras de Mampostería. El mampuesto está labrado: el verso ha sido construido.

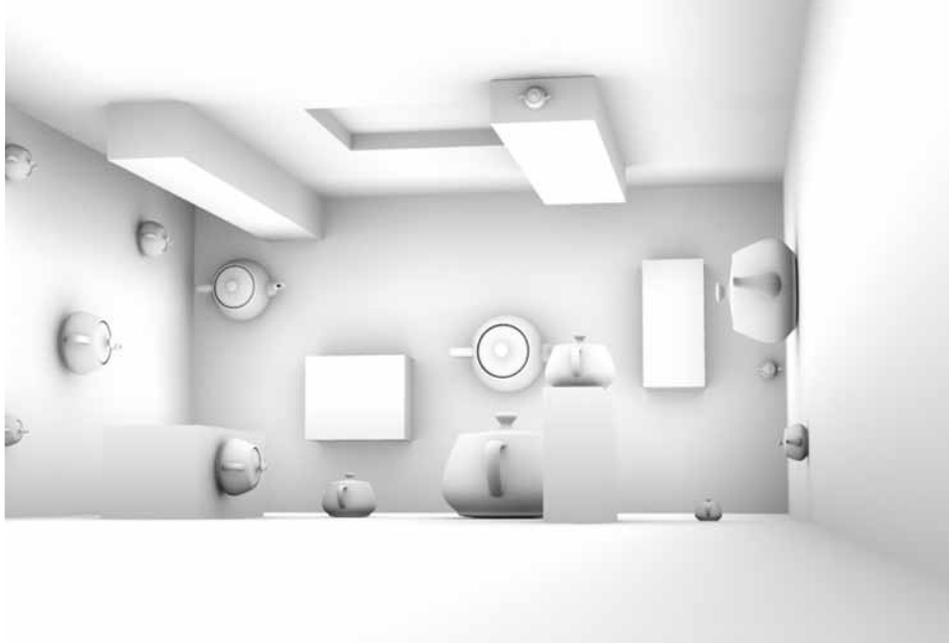
Conversando con el autor

1 Entre dos de sus más importantes libros, Surgidos de la luz, de 2000, y Obras de Mampostería, de 2008, se encuentran diferencias en términos de las temáticas abordadas y las imágenes elaboradas (un poco más herméticas, menos transparentes si se quiere, en el más reciente libro), ¿qué ha determinado ese cambio en su escritura?

R. En lo más profundo de la escritura de un autor, reposa un mismo tema, pero con variantes sucesivas a lo largo de sus búsquedas. En cuanto a mis temáticas, sí, pueden ser diferentes en cada libro. Surgidos de la luz, que se origina en la obra y las cartas de Van Gogh, hace parte de una trilogía compuesta por dos libros más: La quinta del Sordo, publicado por la Universidad Nacional en el 2006 y Bajo el brillo de la luna, que permanece inédito y se construye a partir de la pintura del expresionista Munch. Es pues, el homenaje a tres pintores unidos por lazos comunes en sus vidas y en sus obras, que escribí durante diez años. En cuanto a Obras de Mampostería, es un libro que regresa a una poesía de imágenes evocativas de un mundo paralelo. Son diferentes en contenido y forma. Tengo miedo repetir el mismo tono en un libro, la misma imagen, el mismo procedimiento y prefiero aventurarme a ser “otro” en cada libro, creo que eso me enriquece y permite la humildad de pensar que escribir es siempre comenzar, partir y no llegar.

2 Es evidente que toda poesía que quiera trascender debe profundizar en los problemas humanos y en el uso del lenguaje, más allá del territorio al que pertenezca el poeta. Pero en términos de la vida literaria del Tolima ¿considera usted que sus vivencias cotidianas, su relación con otros poetas, y en general, sus posibles interlocuciones con personas vinculadas a la vida artística dentro del departamento, han influido en el rumbo de su creación poética?

R. Hay dos cosas que pueden enriquecer a quien escribe poesía: la lectura y el diálogo, porque ambos



En Colombia, desde la Colonia, los poetas se han organizado en “grupos”, ya sea alrededor de propósitos estéticos comunes o de revistas, lo que se mantiene hasta hoy.

pueden resultar estimulantes. En los 15 años que llevo radicado en Ibagué, he podido compartir con varios poetas y he sido cómplice de proyectos fracasados en grupo, pero la verdadera independencia de un escritor está cuando se enfrenta a la creación de un texto, cuando es capaz precisamente de profundizar en los problemas humanos y en ese uso del lenguaje que usted ha señalado. Hay que decir que en Ibagué literariamente no pasan muchas cosas, o casi nada, no hay persistencia ni estímulos por parte de ninguna institución, y en cierta forma ese aire quieto favorece a un creador, le permite replegarse. Pero destaco mi relación con el poeta y ensayista Gabriel Arturo Castro, quien me estimula y me divulga en los medios literarios importantes del país donde él polemiza y hace serios aportes a la poesía desde el ensayo. También con Luis Eduardo Gutiérrez dialogamos bastante sobre el oficio de escribir, igual con Pastor Polanía, y todo esto influye en el rumbo de la creación.

3 . En tiempos en los que la voz del poeta parece ser marginal en Colombia, pero en los que a la vez se siguen organizando encuentros y concursos nacionales de poesía, ¿cómo percibe usted la situación del poeta y de la poesía en nuestro país?

R. En Colombia, desde la Colonia, los poetas se han organizado en “grupos”, ya sea alrededor de propósitos estéticos comunes o de revistas, lo que se mantiene hasta hoy. Se han institucionalizado muchos festivales y encuentros anuales de poetas, se convoca a concursos permanentemente. Pero es la independencia y el aislamiento el que ha favorecido a los mejores creadores, como el caso de Aurelio Arturo, Carlos Obregón o Rómulo Bustos, quien vive en Cartagena. Sin embargo en Colombia estamos presenciando una proliferación de buenos poetas, cada vez más comprometidos con la reflexión y con el oficio, con variadas tendencias que enriquecen un panorama.

4 . En Obras de Mampostería parece haber una referencia a lo que Hegel –y posteriormente Nietzsche– definió como la vivencia de la muerte de Dios, ¿considera usted que el arte es el espacio para recuperar esa pérdida de rumbo, esa orfandad del ser humano en la época del egoísmo y el hedonismo indiferente?

R. El arte pierde su razón de ser cuando pretende enderezar la fe de los hombres, perseguir un fin ético religioso o convertirse en catecismo de una doctrina. Los aportes de la Modernidad en poesía, que tuvo su inicio a mediados del siglo XIX en Europa, hicieron unos cambios revolucionarios en la estética, renovó la mirada al mundo desde el arte. Hizo uno de los aportes más fundamentales: la disección entre el yo personal o empírico y el “yo estético”, valoró la otredad; también vale decir que rompió la unidad entre el Dios colectivo o personal y el Dios estético. La poesía moderna humanizó a Dios, desde Baudelaire, Rimbaud, pasando por el surrealismo; en la poesía de César Vallejo Dios está enfermo o vende lotería en las calles de Lima, por citar un ejemplo. Igual en mis poemas hay constantes referencias a un Dios humanizado, a veces vacío, pero ante todo un Dios poético, distinto al Dios de mis convicciones religiosas. La poesía pertenece a lo sagrado, con Dios o sin él.

BIBLIOGRAFÍA

Aristóteles. Poética. Tomado de [www. Philosophia.cl](http://www.Philosophia.cl). Escuela de filosofía Universidad Arcis.

BORGES, Jorge Luis. Arte poética. Barcelona: Editorial Crítica, 2001.

GADAMER, Hans-George. Poema y Diálogo. Barcelona: Gedisa, 1999 (1990)

GUTIÉRREZ GIRARDTOR, Rafael. Insistencias. Santa fe de Bogotá: Ariel, 1998.

KUNDERA, Milan. El arte de la novela. Barcelona: Tusquets, 1987.